

épica cuando en peligro estuvo el suelo patrio,
y en Nebrija, fue lengua y fue Gramática.

Fue mística en los libros de los Santos,
pastoril en los montes y cañadas;
picaresca en las rutas descarnadas
de nuestra Geografía de meseta.
Fue gloria y fue dolor en el teatro,
en Alfonso, jurídica y asceta;
y en la Semana Santa fue saeta
con filo y pulcritud de fina espada.

La flor del idioma
a América y a Filipinas ofrendamos:
ellas hicieron de la lengua un ramo
de fragancias eternas;
y en un mundo anchuroso, desde Roma
hasta la tierra ignota de Bizancio,
el *español* resuena
en voces de dulzura, rezo y canto.

Y allá, en el gran Océano,
la vértebra de América se estira
hecha veinte naciones que respiran
por sus bocas, el estro castellano.

Juan-Pedro VERA CAMACHO

LAS CIUDADES DEL DESCUBRIMIENTO

CÁDIZ

Por Angel DOTOR. Académico. Del Cuerpo General de Cronistas Oficiales de España.

SINTESIS HISTORICA

ESTA es una de las ciudades españolas más antiguas, ya que, como repetidamente se ha dicho, su origen se confunde con los tiempos míticos o de la leyenda. Situada en la costa Suroeste de la región andaluza: en el extremo septentrional de una especie de península – que algunos autores denominan isla – unida por estrecho istmo a la isla de León o de San Fernando, rodearla casi por completo las aguas del Océano Atlántico. Su proximidad al Estrecho de Gibraltar explica que arribaran a aquel paraje los primeros nautas procedentes del Mediterráneo cuyos nombres registra la Protohistoria. De escritos muy antiguos dedúcese que por entonces las islas de Cádiz y de León, conocidas con el nombre de *Erythias*, estaban habitadas por iberos y libios, tal vez procedentes de Oriente, de donde llegaron capitaneados por Tubal o Thobel, que, según Diodoro Sículo, era el Hércules deificado por los egipcios. Luego denominado Gerión en la mitología griega. Según Strabón, una colonia de tirios, o sea fenicios, que ya se había establecido en la isla de Sancti-Petri – donde estuvo erigido el templo de Hércules – fundó la población, hacia el año 1.100 antes de Jesucristo, con el nombre de *Gadir*, palabra a la cual se han dado varias interpretaciones, pues según unos autores significa *muro* o *vallado*, mientras otros estiman indica *lugar rodeado de agua*. Los fenicios se dedicaron abincadamente a la industria y el comercio, desarrollando la pesca y sus derivados, así como la minería a medida de lo cual creció la navegación, cruzando sus barcos, de mayor porte que los hasta entonces conocidos, no solamente el Mediterráneo, sino también el Océano. En el siglo VIII antes de Jesucristo, al decaer el poderío de Tiro, quedó Cádiz en cierto modo aislada de su metrópoli, por lo cual no pudo evitar que las tribus celtas que poblaban el litoral próximo se apoderasen de la isla. Entonces ios colonos tirios pidieron ayuda a sus hermanos de Cartago, quienes llegaron en seguida y recuperaron gran parte del territorio que antes dominaban, el cual quedó bajo la protección cartaginesa. Cádiz fue entonces no sólo el verdadero emporio del comercio y centro de navegación de donde partían expediciones famosas, como las de Hannon por el litoral africano e Himilcon por el Norte, hasta las islas Casitéridas, sino lugar estratégico para las conquistas púnicas, que allí organizaron Amilcar Barca, Asdrúbal y Aníbal, con lo que puede decirse que durante aquellos decenios del siglo III anterior a nuestra Era constituyeron los del máximo esplendor gaditano. Mas al torcerse la suerte de la guerra y extender los romanos sus conquistas por la Península, Magón, general cartaginés que había quedado como jefe en Cádiz, preparó una expedición a Italia en auxilio de Aníbal, para la cual no solamente abruma con

sus exacciones a los habitantes de la isla, sino que roba el templo de Hércules. Ello dió lugar a que los gaditanos se aliaran con Roma en el año 205 antes de Jesucristo, quedando desde entonces como una ciudad más de la República, llamada *Gades*.

La política romana, equitativa y civilizadora, fué beneficiosa para la ciudad, pues no sólo obtuvo ésta toda clase de ventajas, sino que por su calidad de aliada se vió libre de los abusos de cónsules y procónsules, lo cual supuso alcanzar una hegemonía similar a la de Tarragona. Cuando se produjo la guerra civil entre César y Pompeyo, Cádiz se mostró partidario del primero, por quien fué visitada cuando vino de cuetor a España, dejando allí gran número de veteranos, y al resultar el mismo triunfante adoptó en su honor el nombre de *Augusta Urbs Julia*, tras lo cual alcanzó la categoría de convento jurídico. No tardaron en identificarse los gaditanos con la cultura romana, hasta el extremo de que algunos de sus hijos descollaron en Roma con celebridad, alcanzando posiciones encumbradas, tales como Cornelio Balbo, el Mayor, su sobrino Lucio Cornelio Balbo, el Menor y Columela. A partir de esta época comienza la decadencia de la ciudad, que en el siglo IV de la Era Cristiana, según testimonio de Rufo Festo Avieno, «era pobre y acabada y sólo campo de ruinas, sin edificación importante fuera del templo de Hércules». No es extraño, pues, que reducida poco menos que a mísera residencia de pescadores la que fue opulenta urbe, apenas aparezca mencionada durante los siglos del Imperio Romano y del dominio visigodo. Se cree que fue una de las primeras plazas que cayeron en poder de los alarbes, aun antes de la rota del Guadalete. Estos le dieron el nombre de *Gecira Kadis*, convirtiéndola en plaza militar para facilitar los desembarcos y el comercio con los puertos africanos. Por el año 843 los piratas normandos desembarcaron en Cádiz, robando y asesinando a sus habitantes, tras lo que se adentraron hasta Medina Sidonia, residencia del gobernador a Vali de la provincia.

Las crónicas no ofrecen acontecimientos de importancia relacionados con Cádiz en el lapso de tres siglos comprendido entre el último saqueo normando y el primer intento de reconquista cristiana. Este tuvo lugar en el reinado de Alfonso X, *el Sabio*, quien, hallándose en Sevilla, supo que la villa gaditana se hallaba mal defendida, por lo que envió una flota a las órdenes del experimentado marino Pedro Martínez de la Fee, la cual se apoderó por sorpresa de la plaza, y después de permanecer en ella cuatro días, al saber que iban contra los cristianos fuerzas numerosas, retornó a la capital hispalense llevando consigo gran botín y numerosos cautivos. El rey de Fez, Jacob Aben-Jusef, a cuyos dominios pertenecía Cádiz, sintiéndose ofendido por la presa que de la plaza habían hecho las tropas castellanas, envió embajadores al monarca cristiano en demanda de una satisfacción; pero Alfonso X, en vez de dársela, y comprendiendo la importancia estratégica de la bahía, decidió apoderarse de aquel territorio, hacia el cual se dirigió al frente de numeroso ejército, consumando así su reconquista en el mes de Septiembre de 1262. En seguida fué reedificada Cádiz, cuyo caserío quedó rodeado de fuerte muralla. A continuación le concedió el título de villa y dispuso fueran a repoblarla trescientos vecinos del litoral santanderino, todos ellos ballesteros y lanceros, cien de los cuales eran hijosdalgos, a los que repartió tierras, encomendando su gobierno a Guillén de Berja:

En 1265 concedió dicho monarca a Cádiz el título de ciudad, organizando su gobierno con dos alcaldes, alguacil mayor y regidores, cuya jurisdicción quedó fijada hasta donde está el puente de Zuazo. El hijo y sucesor de dicho monarca, Sancho IV *el Bravo*, confirmó los privilegios anteriores y para salvaguardarlos concedió al caballero genovés Micer Benito Zacarías el castillo y tierras del Puerto de Santa María, quedando obligado a tener siempre dispuesta una galera armada para la defensa de Cádiz y sus alrededores. En la época de Enrique de Trastámara los portugueses atacaron a Cádiz con importante flota, causando grandes daños en toda la isla; pero algún tiempo después, el año 1370, el almirante castellano Ambrosio Bocanegra sorprendió a los lusitanos, infligiéndoles una gran derrota. En 1470 el Rey Enrique IV concedió a Rodrigo Ponce de León el título de Márques de Cádiz, con el

señorío de la Isla, y por permuta con los Sánchez de Zuazo obtuvo la posesión del castillo y el puente de dicho nombre, razón por la que desde entonces se llamó esta parte del territorio gaditano Isla de León. En 1492, al fallecer el último Marqués de Cádiz, quedó la isla de León adscrita a la casa de Arcos, pasando la ciudad a ser de la Corona,

Cádiz desempeñó importante papel en el Descubrimiento de América, hecho de tan excepcional significación en la historia hispana, y que después influiría marcadamente en la prosperidad y el modo de ser de la ciudad. Se ha dicho que fue en la bahía gaditana donde se efectuó la verdadera gestación del magno acontecimiento, pues en el Puerto de Santa María apareció por primera vez el navegante extranjero que dió gran expansión al mundo civilizado. Allí entabló amistad con el célebre Juan de la Cosa y fue amparado por don Luis de la Cerda, Duque de Medinaceli, el gran señor por cuenta de quien se hubiera efectuado el descubrimiento de no oponerse a ello la Reina Isabel deseosa de reservar para la Corona la gloria de ensanchar el área de la Cristiandad. Fueron numerosas las expediciones organizadas en la bahía gaditana con el fin de comerciar con las Indias Occidentales entonces recién descubiertas, contribuyendo el comienzo de un período de íntima unión de la vida de Cádiz a la del Nuevo Continente. «Creóse por orden real la *Casa de Contratación de Indias* en la floreciente Sevilla - escribe Quintero y de Atauri -, pero las reclamaciones de los comerciantes a causa de los perjuicios que se les seguía por la entrada y salida de los barcos en el Guadalquivir obligaron a la Reina doña Juana a disponer que los que fueran y regresaran de América pudieran registrarse en Cádiz, y a partir de entonces el emporio comercial aumenta poco a poco, no siendo solamente españoles los que se establecen en Cádiz, sino genoveses y flamencos, que llegan a formar importantes colonias o agrupaciones, nacionalizándose en Andalucía y dedicanse a comerciar no solamente con América, sino con Italia y principalmente con Berbería, de donde traían ámbar, anís, azúcar, lino, dátiles, almendras, alfombras y esteras, cueros curtidos, tafiletos, albornoques, bolsas, etc. De Flandes venían maderas, alquitrán, manteca, tapicerías, quesos, brocados, armas, etcétera, mientras que de España se mandaban todos sus productos, y de aquí que una población como Cádiz, sin tierra productora, se enriqueciera rápidamente por su comercio e industria, ensanchándose con dos barrios más, uno al Oriente de la antigua ciudad y otro a Occidente, y enmedio una plaza muy espaciosa, llamada de la Corredera, contando el primero para su defensa con un muro con su puerta, llamada Puerta del Muro. El progreso de Cádiz en el siglo XVII fue muy rápido, a pesar de los daños que sufrió, pues el Almojarifazgo de Cádiz producía grandes ingresos, llegando según parece a ingresar por el año 1684 más de dos contos seiscientos treinta y cuatro mil seiscientos sesenta y ocho maravedís de plata, aumentando la población a unos cien mil habitantes entre vecinos y transeúntes y estableciéndose grandes almacenes y depósitos de víveres».

Algún tiempo después, en pleno engrandecimiento de la ciudad y cuando la fama de sus riquezas era bien notoria fuera de España, inicióse la serie de contratiempos que había de sufrir. La circunstancia de que, mientras los piratas y corsarios dominaban el mar, Cádiz dispusiera de pobres fortificaciones y escasa guarnición, explica que no siempre pudiera rechazar las acometidas de aquéllos, impidiendo así los saqueos de que fué víctima. En 1553 el Rey de Argel dirigió contra la plaza una poderosa flota, la cual no consiguió realizar sus propósitos porque al llegar al Estrecho una fuerte tempestad destruyó la mayor parte de las naves. En 1574 seis bergantines moros y una galeota fondearon a media milla, en el paraje hoy llamado Torregorda, y saltando a tierra robaron y apresaron a varias personas, si bien acudióse con presteza a la defensa, atacando a la galeota, que había quedado inmobilizada en la bajamar, consiguiéndose derrotar a los asaltantes y rescatar las presas. En abril de 1587 la Reina Isabel de Inglaterra envió una escuadra al mando del corsario Drake, que incendió algunos navíos anclados en la bahía, y, no decidién-

dose a desembarcar, zarpó con el propósito de atacar a una flota española procedente de América. Pocos años después, en 1596, preparó Inglaterra otra expedición, al mando del Conde de Essex, compuesta de ciento veinte naves inglesas y veinte holandesas, la cual, después de un intento de desembarco en Lisboa, llegó a Cádiz el 30 de Junio, consiguiendo vencer la resistencia de la plaza, en la que los asaltantes permanecieron consagrados al saqueo hasta el 15 de Junio, en que se retiraron, tras incendiarla, ante la inminente entrada de la tropas del Duque de Medina Sidonia, que encontraron destruidos casi tres centenares de edificios, entre ellos la Catedral y varios conventos. Nuevamente intentaron los ingleses, en 1625, repetir su hazaña, no consiguiendo saquear la ciudad ni incendiar la armada española surta en la bahía, pese a que llegaran a desembarcar diez mil hombres, merced a la briosa defensa hecha, en la que distinguióse el Gobernador, don Fernando Girón, secundados por los Duques de Fernandina y de Medina Sidonia, con lo que a los cuatro días de lucha fueron obligados a reembarcar, retirándose con grandes pérdidas.

Tras la gran epidemia iniciada en 1646, de tres años de duración, a causa de la cual perecieron catorce mil personas, y el furioso temporal de 15 de Marzo de 1671, que destruyó los barcos fondeados en la bahía, ocasionando también graves daños en la población y la muerte de seiscientos gaditanos, vuelven los intentos de asalto extranjeros, como el del año 1686, en que una escuadra francesa amenaza la ciudad, retirándose a los dos meses, sin ocasionar daños, al saber que se hallaba prevenida para la defensa. Dos años después del fallecimiento de Carlos II, en 1702, una gran armada de la Liga se presentó en las aguas de Cádiz con la pretensión de apoderarse de la plaza y servirse de ella para la ocupación de Andalucía, pero las tropas desembarcadas en Rota y Puerto de Santa María no consiguieron penetrar en Cádiz, por lo que el 31 de Agosto se retiraron después de ocasionar algunos daños en la costa.

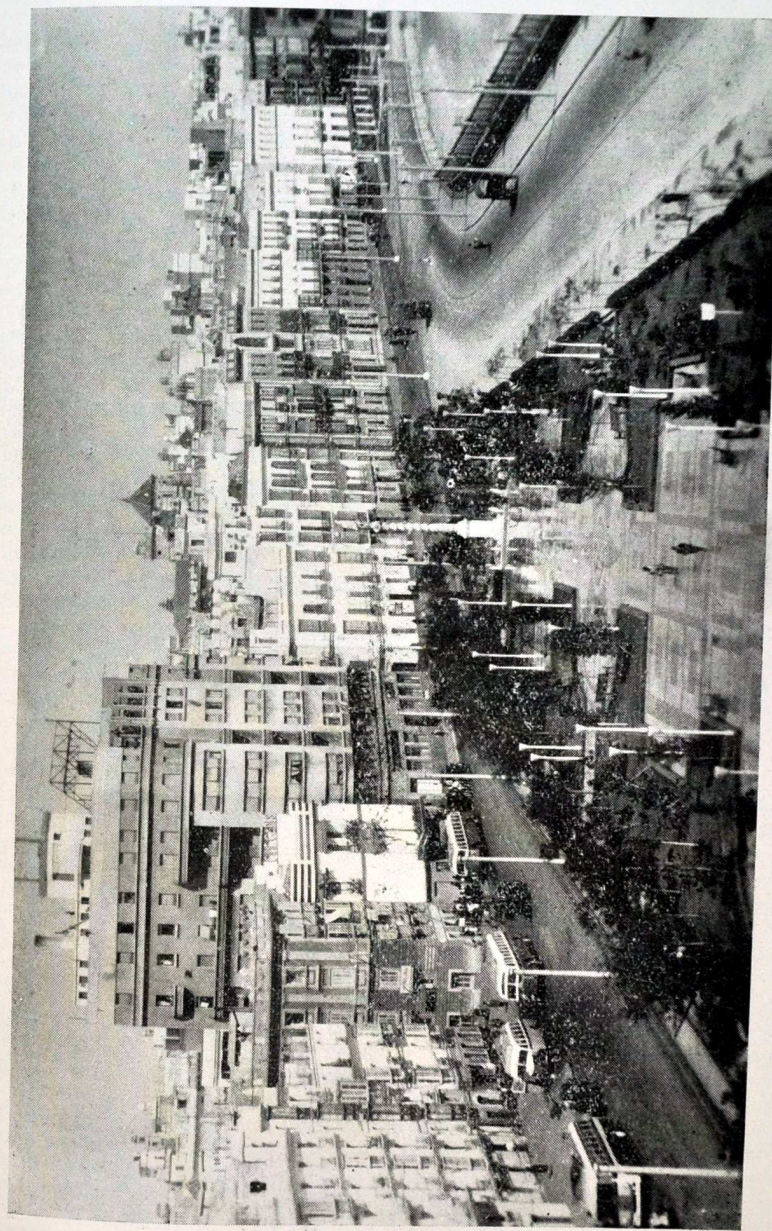
Trasladado a Cádiz, en 1720, el Tribunal de Contratación, que hasta entonces estuvo en Sevilla, aumentó con ello la importancia y riqueza de la ciudad, continuando tal estado de prosperidad hasta el año 1778, en que, al otorgarse idénticos derechos a otros puertos, comenzó la decadencia de Cádiz. Dentro de ese período es de señalar el perjuicio sufrido por la ciudad en 1755, a causa del terremoto que afectó a gran parte de la Península.

En Julio de 1797 una escuadra inglesa mandada por Nelson bombardeó la plaza e inició el asedio del puerto para impedir la entrada al mismo de toda clase de mercancías; pero los gaditanos construyeron numerosas lanchas cañoneras con las que defendieron a las naves que llegaban, atacando aisladamente a los barcos ingleses.

En 1800 se cebó en Cádiz una nueva epidemia, a consecuencia de la cual perecieron más de siete mil personas. Coincidiendo con aquellos días luctuosos se presentó ante el puerto una escuadra británica a las órdenes de Nelson, cuya intimación hizo que el Capitán General, don Tomás de Morla, expusiera al almirante inglés la aflictiva situación de la ciudad, consiguiendo, bien por espíritu humanitario o acaso por temor al contagio, que la escuadra enemiga retornase a Gibraltar.

Transcurrido un lustro salieron de Cádiz las escuadras española y francesa, mandadas, respectivamente, por Gravina y Villeneuve, en busca de la inglesa, con la que se encontraron frente al cabo de Trafalgar, entablándose el gran encuentro de dicho nombre, que tan desastroso resultado tuvo para vencedores y vencidos, pues a consecuencia de las heridas recibidas fallecieron Nelson y Gravina, se suicidó Villeneuve y quedaron destruidos los barcos españoles y gran número de los ingleses.

Durante la Guerra de la Independencia se distinguió Cádiz desde el primer momento por su gran fervor patriótico, hasta el extremo de que encontrándose allí el Capitán General de Andalucía, don Francisco Solano, Marqués del Socorro, fue sacrificado por el pueblo, amotinado, que le achacaba tibieza en su determinación de combatir al invasor, a causa de hallarse anclada en la bahía una fuerte escuadra



CADIZ: Avenida de Ramón de Carranza. (Foto L. Roisin)

gala, al mando del Almirante Rosilly. Tras varias vicisitudes y la heroica actuación de Ruiz de Apodaca, los barcos franceses se rindieron, quedando así Cádiz libre para ayudar, con hombres y dinero, a la Junta de Sevilla. Esta envió al Marqués de Villiel como jefe de las obras de fortificación gaditanas, el cual fué mal acogido dada su falta de tacto, por lo que a punto estuvo de correr la misma suerte que el general Solano. Al avanzar, victorioso, por Andalucía, tras su triunfo en Ocaña, un nuevo ejército francés, la Junta de Sevilla trasladóse a Cádiz, encaminándose también hacia la isla las tropas españolas de Extremadura, mandadas por el Duque de Alburquerque. El 5 de febrero de 1810 comenzó el asedio de la plaza, única del territorio nacional, donde no consiguió el invasor poner su planta, asedio infructuoso que dió lugar a infinidad de episodios en los que tan acreditado quedó el heroico temple gaditano, y que tuvo más de dos años de duración, hasta el 25 de Agosto de 1812, en que los galos abandonaron sus posiciones por haber recibido el Mariscal Soul la orden de evacuar Andalucía.

Las Cortes llamadas *doceañistas*, origen de las de Cádiz, fueron convocadas en 28 de Octubre de 1809 por la Junta Suprema Gubernativa del Reino que funcionaba en Sevilla, la cual se trasladó a Cádiz, como ya hemos dicho, en febrero de 1811, dando comienzo sus sesiones el día 24 en el templo de San Felipe Neri, donde fue elaborada la famosa Constitución de la Monarquía Española, reflejo de los asuntos de cardinal importancia tratados y resueltos por los verdaderos patriotas en su anhelo de salvaguardar los principios políticos y sociales del país en aquellos momentos difíciles, y es de señalar que en aquellas Cortes figuraron también diputados representantes de los países americanos aún pertenecientes a España, la mayor parte de los cuales no tardarían en manumitirse.

Los demás hechos posteriores acontecidos en la ciudad, o que en ella tuvieron repercusión, fueron la nueva epidemia de 1819, que produjo grandes estragos; la sublevación de Riego y sus luctuosas consecuencias, al provocar encontrados criterios en la guarnición y en el pueblo de Cádiz; la estancia de Fernando VII, refugiado en la ciudad durante algún tiempo, hasta la llegada del ejército del Duque de Angulema; las asonadas liberales y su represión; la revolución de 1868; iniciada precisamente en el puerto gaditano por el Vicealmirante Topete; el movimiento cantonal de 1873, al que se sumó la plaza; la proclamación de Alfonso XII por el Gobernador Soria Santa Cruz en 31 de Diciembre de 1874 y, ya en nuestros días, la decidida contribución de Cádiz, desde los primeros días, en favor de la Guerra de Liberación.

UNIDAD Y VARIEDAD DE LA FISONOMIA Y EL ESPIRITU DE LA CIUDAD

Mucho se ha escrito, siempre con tino y justicia, acerca de la atracción que ejerce Cádiz en cuantos viajeros arriban a su recinto, hasta el extremo de que pocas otras ciudades españolas podrán contar, a reunirlo, tan copiosa antología ditirámica, o de elogios tributados por plumas ilustres. La singularidad de su emplazamiento, que tanto contribuyó a esa ejemplar actuación cimera desarrollada en el proceso histórico hispano, le confirió peculiaridades características que sumar a las comunes de la región andaluza. Ponderando su luz y la policromía de su ambiente señaló Gautier que no existían en la paleta del pintor ni en la pluma del literato colores bastante claros, tonos suficientemente luminosos para reflejar la impresión que le produjo Cádiz el día de su llegada a la ciudad. Frecuentemente se ha puesto de manifiesto que posee numerosas y cambiantes facetas, por lo que cada visitador percibe preferentemente determinado tono o matiz, no siendo raro que haya detalles característicos diferentes en los que no repararon otros observadores. «Blanca y coquetona, empernejada con las flores de sus azoteas, con los macetones y fuentesillas de sus patios — escribe Joaquín Dicenta —, Cádiz rinde pleitesía al viajero, brin-

dándole el disfrute de sus calles limpias y llanas, el encanto de sus jardines, el historial de sus hazañas, el trato señorial de sus hombres, la gracia gentil de sus mujeres. En esta Andalucía, donde Granada y Córdoba son árabes sultanas, reclusas en su Alhambra de encaje y en su Mezquita con troncos y hojas de palmera labrada; donde Jaén es la campesina robusta; Huelva y Almería, las tiznadas y valientes mineras; Málaga, la playera terneja y rumbosa; Sevilla, la gitana, toda gracia y pasión, Cádiz es la dama cortés, maestra en patriarcal urbanidad». Un gran poeta de hoy, Francisco Javier Martín Abril, ha trazado un soneto de alto significado descriptivo y sugeridor, a la vez retrato y ditirambo, en cuyas imágenes y metáforas se condensa mucha de esa esencia espiritual y objetiva de la ciudad. He aquí esa bella poesía:

C A D I Z

Ordenada blancura transparente,
calles de luz en flor de miradores,
ángeles presentidos pescadores
en los cielos dorados del poniente.

Glorioso azul, pretérito y presente,
suscitando perfumes y fulgores,
y a la orilla del mar, dulces vapores
profesando nostalgia sonriente.

Ciudad para quedarse de por vida,
faro y balcón, glorieta provinciana
para el sol de la tarde ya vencida.

Y para el grito añil de la mañana
- Cádiz universal y bien ceñida -
el camino del mar sin barbacana.

La existencia de Cádiz ha estado siempre regida por el mar. Mientras durante siglos permaneció en relativa incomunicación con el interior, fue la atalaya de avanzada con las tierras allende oceánicas descubiertas y civilizadas por el genio de la Raza, sirviendo también para la ligazón marítima con otros países, principalmente Italia y Flandes. Lo relativamente reducido del área de la ciudad, asentada en el extremo insular de cuatro kilómetros y medio de perímetro, hizo que el terreno hubiera de ser muy aprovechado, dándose a las edificaciones mayor elevación que la en otros tiempos habitual. Las casas ofrecen con frecuencia el característico añadido de una torre, o bien la azotea rematada en pináculo, y su conjunto es tan blanco y armónico, recortado por el circunstante marco azul de las aguas, que justifica el sobrenombre de *taza de plata* posada sobre el mar que desde la época de los árabes se viene dando a la ciudad, y el breve, pero concluyente, dicho con que Byron caracterizó su fisonomía: «Brillante Cádiz, que te elevas hacia el cielo desde el centro del azul profundo del mar».

Las calles, si no amplias, de recto trazado, aparecen siempre limpias y cuidadas, igual que sus plazas, varias de ellas con jardines y arbolado, brindando el atractivo de su encanto acogedor. El paseo de la Alameda de Apodaca, al lado septentrional, ofrece un bellissimo panorama de la entrada a la bahía y al puerto, y el Parque Genovés, en el sector Noroeste, constituye un magnífico sitio de recreo. Existen varios monumentos conmemorativos o en honor de varones ilustres, el principal de los cuales es el erigido en recuerdo y exaltación de las Cortes de Cádiz, situado en la plaza de España, frente al muelle de la Aduana, obra del escultor Marinas y el arquitecto López Otero, que tiene como principal parte artística dos grupos laterales en piedra. Los otros son: el de Moret, debido a Querol; el de Castelar, esculpido por

Barrón; el del Marqués de Comillas; el del Obispo Moreno; el de Fernández Montañés, obra de Juan Cristóbal, y el del Dr. del Toro, hecho por Habriel Borrás,

LAS FORTIFICACIONES

Cádiz fue una de las primeras plazas fuertes españolas a partir del saco inglés de 1596, en que, para prevenir acontecimientos semejantes, se completó y mejoró el circuito amurallado y quedaron edificadas varias nuevas fortalezas y reforzadas otras ya existentes.

La muralla, de unos cuatro kilómetros y medio de longitud, o sea la totalidad del perímetro del antiguo casco urbano, rodeaba casi por completo a la ciudad vieja, «oprimiéndole el talle como un corsé de granito», en la expresión de Gautier. Tenía de diez a quince metros de altura y seis de espesor, con varios baluartes y puertas. Comenzaba al Norte, cerca de la Aduana, y, tras rodear por Occidente y Sur, subía por Puerta de Tierra hasta la Fábrica de Tabacos. En la parte del amplio circuito del mar contaba una segunda cintura de escolleras y rocas que amortiguaba el embate de las olas, no obstante lo cual hubo ocasiones en que los furiosos temporales agrietaron y desmoronaron parcialmente la fuerte obra de mampuesto. A finales del siglo XIX se efectuó la demolición de gran parte de la misma para satisfacer la necesidad de ensanchar la ciudad, dado el creciente aumento de su población, por lo que hoy sólo perduran algunos trozos, que todavía ofrecen imponente aspecto, así como los cuatro castillos y el frente abaluartado de Puerta de Tierra.

El castillo de Santa Catalina, considerado como la ciudadela de Cádiz, se halla al Oeste de la ciudad, en la parte más avanzada de la isla, sobre una escollera natural que se adentra en el mar, formando uno de los lados de la pequeña bahía llamada la Caleta, donde estuvo el primitivo puerto fenicio. Fue edificado en 1598, y en él existe importante cuartel con aljibe.

El castillo de San Sebastián, comenzado a edificar en 1613 sobre un arrecife rocoso en el lugar que los romanos llamaron Promontorio Cronio y hoy denominase Cabo Crónico, está unido a la isla por una restinga, al Sur de la Caleta. Tiene una espaciosa plaza de armas, cuarteles con pabellones, almacenes, etc., puerta de foso y puente levadizo. El alto torreón, de 35 metros, sirve de faro.

El castillo de San Lorenzo del Puntal se halla a tres kilómetros de la ciudad, en una punta o ensanche de la isla, frente al Trocadero. Su edificación data de mediados del siglo XVI, pero fue reconstruido en 1863.

El castillo de San Fernando o de la Cortadura, a cinco kilómetros de Cádiz, muy próximo a la carretera y el ferrocarril que unen la isla gaditana con la de León, fue terminado durante la Guerra de la Independencia, y constituye importante obra defensiva.

Se ha dicho que la más formidable masa de arquitectura militar de Cádiz está constituida por el frente abaluartado de Puerta de Tierra, en la parte Sureste de la ciudad, conjunto que forman no sólo la puerta propiamente dicha, sino las escarpas, los fosos y los grandes lienzos de murallas, todo lo cual puede considerarse como modelo de la fortificación sistema Vauban, sin superación en España. La obra genuinamente castrense data de 1639, y en cuanto a la Puerta, que no responde en puridad a la arquitectura militar, fue hecha en 1751 por el arquitecto Torcuato Cayón, uno de los que dirigieron la edificación de la Catedral. De estilo neoclásico, denota buen gusto tanto en su traza como en la parte decorativa. La fachada interior es la más artística, con cinco arcos de mármol blanco. En la exterior resalta dicho material, adornado con trofeos militares sobre el lienzo de piedra oscura.

LA CATEDRAL

La basílica gaditana, una de las más modernas de España, constituye, al decir

de Lampérez, «caso singular de edificaciones episcopales» y fenómeno curioso de tradicionalismo artístico», habida cuenta de que no obstante pertenecer al estilo neoclásico, como edificada en los siglos XVIII y XIX, ofrece su planta la disposición oji-val, o sea tres naves, crucero, cabezera con girola y capillas absidales. Tiene 85 metros de longitud y 60 de anchura. La elevación de la cúpula es de 52 metros.

La diócesis gaditana data de los tiempos visigodos, época en que la misma tuvo su asiento en Medina Sidonia, hasta que, reconquistada la ciudad de Cádiz por Alfonso X, el Sabio, fué llevada a ella la silla episcopal en 1265. Posteriormente, al adueñarse de Algeciras Alfonso XI, fue trasladada a esta ciudad, en 1344; pero como nuevamente se apoderaron de ella los árabes, volvió a Cádiz. El templo primitivo, o Catedral vieja, tuvo su origen en el siglo XIII, y las obras de su reconstrucción comenzaron en 1602; mas como quiera que la nueva fue erigida en otro lugar de la ciudad, aquélla quedó convertida en iglesia parroquial de Santa Cruz de las Aguas.

La actual Catedral gaditana comenzó en el año 1722, en cuyo día 3 de Mayo, festividad de la Invencción de la Santa Cruz, advocación titular del templo, se puso la primera piedra, en paraje al Sur de la ciudad, próximo al mar. Figuró como autor de los planos y primer director de las obras el arquitecto Vicente Acero, uno de los más notables posteriores a Churriguera, al que siguieron los Cayón, Gaspar y Torcuato (tío y sobrino), todos ellos seguidores de la escuela churrigueresca. En 1789 fueron nombrados los arquitectos M. Olivares y M. Machuca. Tras algún tiempo de interrupción y el incendio sufrido en el año 1832, que causó bastantes daños, prosiguió la edificación, no sin reducir la factura de algunos elementos del templo, como el cimborrio, que quedó sin linterna, o sea con cúpula de media naranja. Fue bendecido el templo y trasladóse a él el culto en 1832, año en que figuraba al frente de su construcción el arquitecto Juan Daura, bajo la prelatura de Fray Domingo de Silos Moreno. Posteriormente se terminaron la última torre y la sacristía mayor.

Característica principal de esta Catedral es el verdadero derroche de materiales en ella empleados, principalmente mármoles de Génova y jaspes de Manilva y Arcos. Ya cuando se estaba construyendo llamó la atención de viajeros coetáneos, como Ponz; que la calificó de «promontorio de mármol». Esa riqueza se hace ostensible principalmente en el centenar y medio de columnas corintias que cuenta, la mayor parte de ellas agrupadas en los grandes machones de separación de las naves. Las columnas mayores de la fachada son todas de una pieza, y es fama que tardóse mucho tiempo en trasportarlas, a causa de su peso, desde las canteras de Arcos donde fueron labradas.

Tiene quince capillas, la principal con una gran cripta-panteón, de estupenda bóveda plana, a la que se desciende desde el presbiterio por dos escalinatas, y las demás también con criptas. El coro ofrece una reja monumental y la gran sillería, procedente de la cartuja de Santa María de las Cuevas, de Sevilla, tallada por Perea en 1702. Se ha dicho que pudo haberse situado dentro del presbiterio, dada la amplitud de éste, evitando así el taponamiento de la nave mayor en su primera mitad, o sea la de los pies del templo, que resulta harto corta.

Al igual que en materiales es rica esta Catedral en obras artísticas. De escultura cuenta la estatua de *San Servando*, que hizo Luisa Roldán en 1687; la de *San Antonio*, labrada en mármol de Carrara, traída de Italia; la de *San Bruno*, debida a Montañés, procedente de la Cartuja de Jerez; las Vírgenes de las *Angustias*, tallada por Arce, y de la *Confesión*; un magnífico *Ecce Homo* barroco, de autor desconocido; el *Extasis de Santa Catalina*, en alabastro, de estilo ligur, y *San Sebastián*, talla hecha por Ansaldo en 1621. En pintura figuran dos tablas hispano-flamencas que representan el *Prendimiento* y la *Coronación de espinas*; *Santa Teresa* y *San Francisco*, obras ambas de Cornelio Schut; la *Adoración de los Reyes Magos*, por Pablo Legot, y la *Coronación de la Virgen*, la cual pasa como debida a Clemente Torres, pero que hay quien cree es de Murillo. Como piezas principales de orfebrería existen la gran Cus-

todia vulgarmente llamada *El Cogollo*, una de las creaciones arquetípicas del estilo gótico flamígero, atribuida al famoso Enrique de Arfe, y la magnífica Cruz procesional plateresca.

OTROS TEMPLOS

La iglesia de Santa Cruz y parroquia del Sagrario fue la Catedral vieja, destruida en el saqueo inglés, la cual reconstruyóse en el siglo XVII. Consta de tres naves de idéntica altura, con tramos cubiertos por bóvedas de ladrillos empinadas en rincón de claustro, con crucero y cúpula sobre pechinas, pero sin cuerpo de lúces. Es muy notable la particularidad del contrarresto de las naves, con contrafuertes exteriores embebidos en el muro, así como el aspecto exterior de las bóvedas trasdosadas, que se acusan al exterior recubiertas de cerámica vidriada. Este templo guarda valiosos retablos, lienzos y otras preseas, entre ellas una gran Custodia procesional, de plata, hecha a mediados del siglo XVII por el orfebre Antonio Sánchez, que invirtió quince años en su labor.

La iglesia de San Francisco, perteneciente al convento de su nombre, fue rehecha a comienzos del siglo XVIII. Ofrece como características salientes el más bello cimborrio de la ciudad, con dos cuerpos de ventanas, abundantes yeserías de tradición mudéjar y ornamentación rocalla, muy fina.

Otra iglesia parroquial de gran mérito artístico es la de San José, obra del arquitecto Benjumeda, en 1787. Tiene fachada que remata en dos torres laterales, adornada con pilastras jónicas sobre las cuales descansa un frontón triangular, y su interior es de tres naves, con crucero y esbelta cúpula sobre tambor.

La iglesia de San Felipe Neri, famosa por haberse celebrado en ella las Cortes doceañistas, tiene la particularidad de su planta elíptica, como asimismo la bóveda, revestida de madera. Existe en este templo una bellísima *Inmaculada*, de Murillo, y una excelente *Cabeza de San Juan Bautista*, en terracota.

La del Carmen, terminada en 1737 y con portada de 1764, tiene tres espaciosas naves y muestra como característica el americanismo patente en sus campanarios y en la bóveda de la sacristía.

Las iglesias de Santiago, San Agustín, San Antonio y San Lorenzo, son parecidas a la anterior, aunque sin esa marcada semejanza americanista en los elementos citados. Los comunes son los propios del estilo neoclásico de los siglos XVII y XVIII: tres naves con cubierta de medio cañón o de lunetos y arcos fajones la central y de arista las laterales, tribunas superiores, crucero y cúpula sobre pechinas sin tambor, ábside plano, portada a los pies de la nave central y otra al promedio de uno de los muros laterales, y espadaña o torre campanario a los pies de una o las dos naves laterales.

La de Santa Catalina, de bóvedas bajas, ofrece la singularidad de sus condiciones acústicas, así como los cuadros de Murillo que atesora, uno de los cuales, el que representa a la Santa Patrona, se halla en el altar mayor. Este es el lienzo, de grandes dimensiones, que estaba terminando el gran pintor sevillano cuando sufrió una caída, a consecuencia de la cual falleció.

La iglesia de la Merced, erigida en 1629, es sólida y esbelta, aunque de una sola nave, con varias capillas.

La iglesia parroquial del Rosario, cuyo origen data de 1567, tiene una suntuosa fachada de orden corintio, hecha en el siglo XVIII. Consta de una sola nave, con altares de ricos mármoles y jaspes.

El templo llamado la Santa Cueva, obra de Benjumeda, hecha a finales del siglo XVIII, es de planta ovalada y muy bello, tanto en el exterior como en su interior, por la delicada sencillez de sus líneas. Tiene valiosos trabajos pictóricos, uno de ellos debido a Goya.

Otros templos notables son el de San Juan de Dios, que sirvió durante algún

tiempo de catedral, y, reconstruido en el siglo XVIII, conserva vestigios de su antigüedad; el de Santa María, con una buena capilla de alicatado, y el de Nuestra Señora de la Palma.

EDIFICIOS CIVILES

El más suntuoso palacio gaditano es el del Ayuntamiento o Casa Consistorial, situado donde estuvo antiguamente la Alhóndiga. La reforma y adaptación del viejo edificio tuvieron dos fases: en 1816 y en 1860, dirigidas por los arquitectos Albisu, Benjumeda y García Alamo. Su vistosa fachada, consta de un pórtico sobre el que se eleva un orden de pilastras jónicas compuestas que llegan hasta lo alto del edificio, con un intercolumnio de tres huecos que termina en frontón triangular y en una balaustrada como coronación del cornisamento. En el centro se yergue la torre, de tres cuerpos, en el segundo de los cuales está el reloj, y en el tercero, circular con columnas que sostienen la cúpula, la campana. A los lados de la fachada principal existe un fino balconaje de mármol con frontis donde aparecen medallones que reproducen antiguas monedas gaditanas. El interior tiene una magnífica escalera principal y amplias estancias, entre ellas la sala de estilo Luis XV. Guárdanse en este palacio cuadros y retratos de mérito, así como valiosas lápidas e inscripciones romanas.

La Cárcel es otra de las grandes construcciones arquitectónicas civiles que cuenta Cádiz, considerada como una de las mejores entre las de su clase en España, la cual fue comenzada en 1792 y se terminó en 1836. En su fachada principal existe un intercolumnio con tres huecos, y a los lados pilastras de orden dórico entre las cuales se rasgan dos filas de ventanas.

El Hospicio Provincial, llamado también Casa de Misericordia, es una edificación suntuosa, que tiene detalles reveladores de buen gusto artístico. La fachada principal, de sillería, consta de cuatro cuerpos, en los cuales se ahren, entre puertas y ventanas, setenta y cinco huecos. La portada es de mármol, con columnas dóricas. En el interior existe un patio espléndido, rodeado de columnas que sostienen las arcadas, todo el pavimento de mármol de Génova.

El Hospital de Mujeres, edificado en 1740, es otro de los edificios notables de Cádiz. Su fachada muestra el bello estilo barroco, y en su interior hay una original escalera y un patio espacioso con bello Vía Crucis construido en cerámica sevillana del siglo XVIII. En la capilla puede contemplarse la joya pictórica denominada *El éxtasis de San Francisco*, obra del Greco.

La Facultad de Medicina, considerada como la más antigua de España, pues fue fundada por el cirujano catalán Pedro Virgili y confirmada por Real Cédula en 1748, ocupa otro de los antiguos edificios de la ciudad, sólido y de bella construcción. Tiene un interesante anfiteatro y varios salones, uno de ellos suntuosamente decorado de mármoles.

Cerramos la nómina de grandes edificaciones civiles gaditanas, del grupo que cabría denominar oficiales o públicas, con la simple mención de la Aduana y la Fábrica de Tabacos.

En cuanto a las mansiones privadas, casas y palacios de mérito, su referencia exige atención especial. A propósito de este aspecto arquitectónico gaditano escribe César Pemán, el gran crítico y exaltador del patrimonio histórico y artístico de la ciudad: «Poco se conserva también de la época inmediatamente posterior al saqueo, porque el comercio de Indias, base del engrandecimiento de la ciudad, no se presentó de improviso, tardando hasta el último tercio del siglo XVII en producir resultados sensibles. Así lo atestiguan claramente las construcciones de la ciudad. Apenas si quedan algunas casas importantes que delaten el tipo corriente castellano del siglo XVII, tan conocido, y puede decirse que tenido en el extranjero por único genuino representante de la arquitectura doméstica española. Citaré la *posada del Me-*

són como el rincón más castizo del Cádiz anterior a los fines del siglo XVII, en el que se puede uno creer transportado a cualquier arrabal de Toledo; la casa de las Escuelas; perteneciente a la fábrica catedralicia, en la calle de San Juan; la *del Rincón*, suntuosa residencia del conde de Alcudia; la casa llamada de los Condes de Villamar, frente a la iglesia del Rosario; ya más avanzada, la casa de Gravina, en la plaza de la Catedral, y, como supervivencia del tipo en plena mitad del siglo XVIII, en una gran construcción popular, la *casa de Fragela*. Caracterizan este género de construcción sus vigas al descubierto sobre canes, sus amplias escaleras del tipo castellano claustral y sus grandes patios porticados, que tanta fortuna hacen en Sevilla. Pero con el fin del siglo, y antes de que en 1717 se transfiriera oficialmente de Sevilla a Cádiz el monopolio del comercio de Indias, nuestra ciudad rebosa riquezas y movimiento. La construcción del siglo siguiente, abundantísima en Cádiz, y aun hoy intacta en grandes partes esenciales, es el primer fruto de los acontecimientos. Atráidos por el comercio de Indias, los aventureros flamencos y genoveses se instalan en la ciudad. Bien pronto acumulan grandes riquezas y se contagian de las infulas de gran señor de los españoles. En sus casas recién construidas campean los flamantes escudos de sus linajes. Son los Lila y los Vint, los Argumedo y los Colarte, los Boquin de Bocanegra, bien pronto santiaguistas y regidores perpetuos, que no tardan en enlazar con rancios linajes del país; son, sobre todo, aquellos genoveses Civo de Soprani, los Spranis gaditanos, que durante varias generaciones rigen los destinos de la ciudad con cierta hegemonía de antiguo señor feudal».

Otras tres casas muy notables son: la de *Recaño*, el palacio particular más suntuoso y de mayor empaque construido en Cádiz, con su famosa *Torre de Tavira o del Vigía*, esta construcción peculiarísima de la ciudad, de 34 metros de altura, desde cuya terraza se descubre un espléndido panorama hasta un centenar de kilómetros en derredor, por lo cual fué utilizada durante mucho tiempo para señalar la entrada y salida de barcos en la bahía; la llamada de *las Cadenas*, edificada en 1693, con admirable portada, y la de las *Cuatro Torres*, cuya ornamentación ha sido restaurada hace pocos lustros.

LOS MUSEOS

Copioso y valiosísimo es el caudal de obras de arte que posee Cádiz, caudal integrado por cuadros, esculturas y otras manifestaciones creadas en las épocas moderna y contemporánea, a más de restos arqueológicos de lueños tiempos hallados en su suelo. En cuanto a las primeras, parte importante de ellas se encuentra reparada en sus numerosos templos y en algunos edificios civiles, y las restantes agrupadas en los museos denominados Provincial de Bellas Artes e Histórico Municipal. Los restos encontrados merced a las excavaciones efectuadas en la tierra gaditana hallanse reunidos en el Museo Arqueológico Provincial. A continuación ofrecemos una sumaria reseña de estos centros, cuya es una relevante significación en la cultura española.

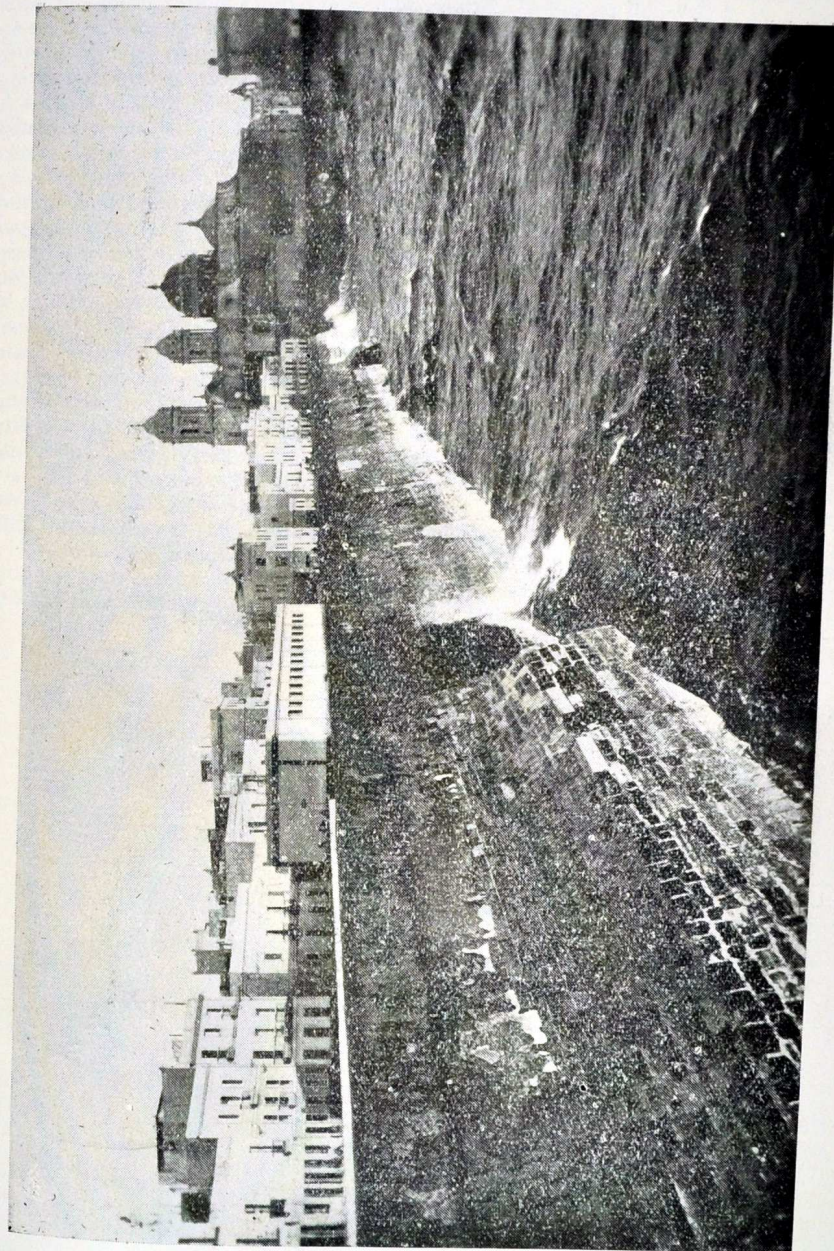
El Museo de Bellas Artes se halla instalado en el edificio de la antigua Plaza de la Mina, que ocupa la Academia de Bellas Artes, entidad ésta creada en 1785, por lo que es una de las más antiguas de España. Su fundación data del segundo tercio del siglo XIX, cuando el Estado se incautó de los cuadros procedentes de los conventos suprimidos en 1835. El que fue Director del mismo, Pelayo y de Aauri, ha explicado cómo el 10 de Octubre de 1852 quedaron terminadas las obras de la primera sala, donde se colocaron 110 cuadros. Después de varias vicisitudes, en 1875, al reorganizarse la Academia, ampliándose el local con otra sala, se publicó el Catálogo, que comprendía 210 cuadros y 78 grabados. A partir de la nueva reorganización de 1913, el museo cuenta cuatro salas más, donde figuran los aumentos experimentados por sus fondos, con donativos particulares, compras y depósitos.

No cabe enumerar aquí sino las obras principales que cuenta el Museo. En la

sala principal tiene pinturas de diversas épocas, desde los primitivos de las escuelas Flamencas e Italiana a los maestros del Renacimiento. Hay dos trípticos, uno de ellos que representa escenas de la *Pasión y muerte de Jesucristo*, atribuido a Fernando Gallego, y el otro, el *Descendimiento*, de Lucavan Leyden; una *Sagrada Familia*, de Rubens; los *Doctores de la Iglesia* y la *Adoración de los Pastores*, atribuidos a Jordaens; un *Ecce Homo*: una repetición de la *Virgen de la Faja*, de Murillo; varios cuadros de la Escuela Sevillana (de Meneses, Tobar, los Herrera, Pacheco, Roelas, Valdés y de Torres), y algunos de la Escuela Granadina (de Bocanegra y Juan de Sevilla). En la sala II, dedicada a pintura contemporánea de los siglos XIX y XX, resaltan dos cuadros de grandes dimensiones, *Combate de Trafalgar* y *Llegada de las naves de Colón a América*, del pintor gaditano Ruiz Luna; el de Rodríguez Barcaza *La Junta de Gobierno de Cádiz en 1810*, que obtuvo un gran lauro y está inspirado en los acontecimientos ocurridos en la ciudad con motivo de su defensa contra los franceses sitiadores, muestra los retratos de ilustres personajes; varios de Ferrant, entre ellos el que representa el episodio que ocasionó la muerte de Murillo cuando pintaba *Los desposorios de Santa Catalina* para el convento de Capuchinos, y otros lienzos de Bécquer, Belmonte, Haes, Balaca, Cabral Bejarano, Botella, Cano, Lengo, Rincón, Sorolla, Jiménez Aranda, Bilbao, Hermoso, Pla, Cutanda, etc. Exhibense en la Sala III cuadros de pintores que trabajaron en Cádiz durante el siglo XIX y que puede decirse constituyeron la Escuela Gaditana del período romántico, desde Domingo Álvarez hasta Julio Moisés pasando por Rodríguez Barcaza, Morillo, Mirón, Rodríguez Losada, Abárzuza, Godoy, Viniegra, etc. La sala de M. Anselma está dedicada a la memoria de doña Alejandrina Gessler, gaditana ilustre conocida en el mundo artístico por Madame Anselma, que legó al Museo varios cuadros, entre ellos un *Ecce Homo* de Ribera, así como su retrato, firmado por Álvarez Dumont; un *San Francisco*, de Murillo; un retrato de la infanta Isabel y otro retrato de señora, estos tres procedentes de diversos donantes. La Sala dedicada a Zurbarán es la más característica y valiosa, pues contiene varios cuadros pintados por el célebre artista, principalmente con destino a la Cartuja de Jerez, colección de la cual fueron extraídos, en 1837, por orden gubernativa, varios que se vendieron al monarca francés Luis Felipe, después de lo cual figuraron en el museo del Louvre y en otras pinacotecas extranjeras. Entre los que quedaron se cuentan *La Pentecostés* y otros retratos y simbolizaciones religiosas del gran maestro, que hacen de este Museo uno de los tres conjuntos de su obra – los otros dos son Guadalupe y el Museo de Sevilla – donde mejor puede estudiarse. Finalmente, la Sala de Retratos, que comprende obras de grandes maestros del género, españoles y extranjeros, como son Lawrence, Claudio Coello, Carreño de Miranda, Alonso Cano, Carnicero, Esquivel, Fernández Cruzado, Utrera, Urrutia, etc.

El Museo Histórico Municipal, en la calle de Santa Inés, es, a la vez, archivo y pinacoteca donde tiene valiosa representación documental e iconográfica el brillante pasado gaditano, cuyos fastos pueden estudiarse allí a cabalidad mediante tan singulares fuentes, principalmente los que inmortalizaron a la ciudad durante la Guerra de la Independencia. Son de señalar la maqueta que reproduce el trazado y la fisonomía de la ciudad antigua y una colección de cuadros de pintores locales.

El Museo Arqueológico, en la Plaza del Generalísimo Franco, comprende importantes vestigios de las culturas prerromana y romana, como resultado de anteriores hallazgos y, sobre todo, de las excavaciones que se han venido efectuando desde hace una setentena de años, las cuales convendría intensificar ya que el antiguo Cádiz y sus cercanías superan en interés arqueológico al que puedan ofrecer otros lugares de Occidente. Tres son los parajes de donde proceden los hallazgos: la isleta de Sancti Petri, en cuyos alrededores se halla sumergido el famoso templo de Hércules, tal vez erigido sobre la misma sepultura del antiguo héroe, templo luego sustituido por otro romano, donde, entre diversos objetos, se han encontrado dos interesantes estatuas, marmórea una y la otra de bronce; la finca *Cancepción*, en la que



CADIZ: Murallas y Catedral. (Foto L. Roisin)

aparecieron seis estatuas romanas primitivas y restos de cerámica grecorromana, y la zona extramuros de la ciudad conocida con el nombre de *Punta de la Vaca*, en donde se descubrieron algunos hipogeos de varios *lúculos*, o sepulcros construidos con gruesos sillares, que se cree datan del siglo V antes de Jesucristo, los cuales guardan gran semejanza con las tumbas subterráneas de Biblos y Sidón, en la antigua Siria. A más de esqueletos humanos, han aparecido allí restos de armas de hierro, huesos labrados de animales, collares con cuentas de oro y gemas, colgantes, amuletos, etcétera. Pero el hallazgo más interesante fue el llamado *sarcófago antropoide*, de gran valor artístico, relacionado con otros púnicos y chipriotas encontrados en diferentes puntos mediterráneos, tal que el de cerca de Sayda, en 1855, conservado en el Louvre, que guardaba los restos de Ksmunazar, rey de Sidón. Está formado por dos grandes trozos de mármol blanco, el interior de los cuales es una caja para depósito del cadáver, labrada siguiendo las ondulaciones de la cabeza y el tronco; en la parte superior o tapa está labrada una figura varonil yacente con la cabeza tapada en forma egipcia; la barba rizada de manera simétrica como en las estatuas asirias; el brazo izquierdo recogido sobre el pecho y en la mano un objeto que semeja un corazón; el brazo derecho, tendido sobre el muslo, parecía coger una corona de laurel que estaba pintada y ha desaparecido totalmente; los pies descalzos apoyados sobre una peana y con el dedo grueso muy separado de los demás, acusando el uso de sandalias. Aparece esta estatua con los ojos abiertos y en la parte alta de la cabeza y a los pies y costados tiene unos salientes que eran otros tantos puntos de apoyo para poder manejar fácilmente la pesada tapa. La figura se presenta vestida con ceñida túnica, sin mangas, dejando al descubierto el cuello, los pies y los brazos.

A todo este contenido anteriormente esbozado que ofrece el Museo Arqueológico hay que agregar relieves e inscripciones góticos y otros de tipo árabe, y la colección de monedas gaditanas.

